

S. José M. Leoro

Homenaje a  
**PEDRO  
MONCAYO**

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA  
"NUCLEO DE IMBABURA"



S. José M. Leoro

Homenaje a  
**PEDRO  
MONCAYO**

*Colección* TAHUANDO N° 27

Julio 2002

# Presentación

*Dra. Mariana Guzmán Villena*

**C**onstituye un deleite intelectual leer la obra "Homenaje a Pedro Moncayo" cuyo autor es el ilustre ibarreño José Miguel Leoro, por tratarse de un compendio que trasluce un profundo conocimiento sobre uno de los más connotados ciudadanos de esta tierra como fue Pedro María Moncayo y Esparza.

*El autor para elaborar su obra, deja entrever claramente haber dedicado gran parte de sus actividades para tal fin, ya que no solo se limita a describir la faceta familiar y la personalidad de Pedro Moncayo con verdadera maestría, propia de aquellos que han consagrado su tiempo a indagar e investigar la vida y todo lo que sobre ella concierne, de aquellos personajes que han hecho historia o que han contribuido a engrandecerla, sino que, sin descuidar el arte gramatical, conjugando la semántica con la hipérbole, se adentra en los recovecos de la existencia misma de Moncayo, como un testigo tangible de la "recia fibra la del héroe civil que logra sustraerse a las tentaciones del poder, a los halagos del fausto y la nombradía, y sigue su ruta de sacrificio".*

*El lector no puede privarse del encanto narrativo del autor. Su lenguaje rebuscado lejos de causar incomodidad o falta de comprensión en su significado, atrae la atención, logrando que el lector se sumerja en un mundo impregnado de un "acerado temple de su pluma castiza, capitana, que no sabe de encajes ni arabescos de estilo". José Miguel Leoro a través de su obra, cabe reconocer, rinde verdadero homenaje al coterráneo, que con el estigma de hijo predestinado a la murmuración y al desamparo, formose en cambio al amparo de que solo la libertad hará del hombre ser digno de una patria, y que solo la educación dotará a la mujer de libertad.*

*A través de las páginas de la obra se conoce en su verdadera dimensión la trayectoria humana, política, periodística, etc., de Pe-*

*dro Moncayo, marcada más con el amargo sabor de la envidia y de la ingratitud, que con el dulzor de la amistad y del reconocimiento justipreciero; haciendo de sus protagonistas como bien lo conceputa el autor una reminiscencia procesosa, esculpida con cincel quemante. Uno a uno desfilan los personajes dotando a cada uno de ellos de especiales características, en ningún caso alejadas del retrato que la historia nos enseña. Así, Juan José Flores, quien mantuvo vivo el andamiaje colonial y el militarismo extranjero; Urbina, de natural antitético, epicúreo y soñador; Robles, "El gomelo", sin arista personal; Veintimilla, rumboso y cortesano; Rocafuerte y García Moreno, gobernantes a lo grande, a menudo crueles, inteligentes superiores. Montalvo el detonante en fin. En su recuento de todas aquellas personas que de alguna manera tuvieron influencia y trascendencia sea política, cultural o social en Pedro Moncayo, el autor les dedica especial espacio a los incondicionales amigos, magníficos, ingenios de la política y de las letras, engendrados espíritus sureños como los Lastarria, Matta, Santa María, Vicuña Mackena, Montt, Bilbao, Gallo, Errázuris.*

*En fin, no obvia detalle de la vida y entorno de este genial ibarreño, analiza a profundidad sus sentimientos, ante la verdad, la mentira, la corrupción, el engaño, todos ellos plasmados en sus inigualables escritos dados a la luz de la opinión pública a través de la Linterna Mágica, El Rebenque, El Quiteño Libre, y otros más; la admiración y nostalgia por su bella Imbabura; la firmeza de su actitud ante la ambición sureña de usurpar nuestras tierras, lo que le hizo merecedor a ser Embajador mediador en el litigio fronterizo, actuando con justeza y equilibrio. Es decir el conjunto de ideales, pensamientos, rebeldía, legalidad, diplomacia, lo que constituyó la vida del gran Moncayo están impresos, no exentos de austeridad y dureza en ciertos párrafos, en la obra dedicada por un gran ibarreño como es José Miguel Leoro a otro, que con su grandeza traspasó los límites ecuatorianos, dejando su vida en las lejanas tierras de Valparaíso donde "ha pasado varios de sus últimos años, valedudinario ya, trémulo, en agobiante ceguedad, pero lleno y gozoso de la luz interior".*

## Pedro Moncayo

**E**l sentimiento de la democracia en el pueblo ecuatoriano podríamos decir que es ya connatural y que alcanza arraigo en el instinto mismo de la colectividad. No obstante, es innegable el precedente de sus vivencias tradicionales de tipo absolutista: en la autoctonía, pese a su tinte de ordenación colectiva, y en la colonia.

Pero fue menester un largo, doloroso, sangriento aprendizaje de libertades, que se entretejió en las propias querellas de conquistadores y colonizadores y luego en las luchas de independencia y en la república. Esta, por desgracia, señaló épocas de regresión al poder ilimitado e hizo posible y aún necesaria la presencia de los luchadores, de los defensores del derecho y la libertad del ciudadano. Sólo que muchos de ellos derivaron, a la postre, hacia la defección y la

concupiscencia. Mancharon su nombre en el lé-gamo de la deslealtad y el regodeo.

Recia fibra la del héroe civil que logra sus-traerse a las tentaciones del poder, a los halagos del fausto y la nombradía, y sigue su ruta de sa-crificio... Temple inamellable del ánimo que consume su brasa en el empeño de rehabilita-ción de la norma legal y de conseguir un poco de justicia y bienestar para su pueblo. Férrica volun-tad que jamás cede a ofertas reiteradas ni a cons-tantes persecuciones, aunque en la lucha hayan de extravasarse, por reacción natural, sus exce-sos represivos, sus hondos rencores humanos. Tal es el luchador auténtico, excepcional a quien hay que mirar en el torbellino de su época y en función de su ambiente para justipreciarlo a ca-balidad.

Bosquejar, por tanto, esta suerte de próceres, con frase laxa, tibia o extraña a su hora, es des-caracterizarlos, deformarlos. Hay que concor-darla entonces con la viviente resonancia de sus voces, con el natural encendido de sus pro-pias entrañas.

Adalid de este linaje fue Moncayo, cuya aus-

tera y noble figura trataremos de esbozar brevemente en estas páginas.

Cuando en la Real Audiencia de Quito apuntaba ya, con claros signos, el fervor por la Independencia, nace en la soledosa y arcádica villa de San Miguel de Ibarra este ejemplar de rebeldía a quien se bautizó el 30 de junio de 1807, con los nombres bastante usuales de PEDRO MARÍA.

Hijo predestinado a la murmuración y el desamparo —casi a ello equivale la ilegitimidad entonces— van a ser difíciles sus días primeros, dura su formación, seguramente aristada y terca su juventud en ese medio llagado de prejuicios y de obstinaciones. <sup>(1)</sup>

Le queda, como resarcimiento, el brillo de su inteligencia, la gallardía de su espíritu que cabalmente sufre ya las mordeduras de la injusticia, y el recluirse, el embeberse en el estudio que será de interminables horas, fecundo, ilusionado, pertinaz.

---

<sup>1)</sup> *Hijo de José Moncayo, comerciante de procedencia colombiana, y de doña María Esparza Páez, de linajuda familia ibarreña. Hijo ilegítimo, por lo cual hicieronle aparecer como expósito.*

Así, entre el pesar y el infortunio y el esfuerzo denodado y la indiferencia de los más, forja sus armas este caballero del deber y del honor, de estirpe quijotesca, que va a desfacen los agravios inferidos a la libertad y a ilustrar a la ciudad nativa.

Y admitiendo como verdad aquello de "la adaptación entre hombre y suelo", podíamos prever acaso en este luchador en agraz la arrogancia solitaria de la montaña, el brío retenido en ella mientras se prepara la embestida plutónica, la pensativa rigidez del Ande, el alma clara y libre como los cielos de Imbabura, y el sentimiento de la belleza que emana y se dilata por todo su panorama riente.

Ninguna memoria queda de su niñez ni de su primera juventud. Inmersa en la luz y la ufanía del paisaje, su adolescencia sin duda fervorosa, meditativa, se satura para siempre de su prestigio y luminosidad. De allí arrancará más tarde el recuerdo cariñoso del terruño, la nostalgia de lo solariego que florecerá en el nardo de la filantropía.

Trasladado a la Capital de la República para seguir los estudios superiores con que había de respaldar su vida y su decoro, nuevos estímulos enri-

quecen allí sus afanes de estudioso tenaz. Y los comparte, muy frecuentemente, con el diálogo de música inaudible entre su sensitivo espíritu y la naturaleza rica y varia que le sonrío en torno.

Allí, en la Universidad Central, rinde, pues, el 28 de abril de 1832, su grado de doctor en leyes, alcanzando al propio tiempo prestigios de seriedad e inteligencia singulares.

Con madurez temprana y con ahínco ha seguido las luchas de Independencia en su desarrollo vario e inquietante. Y ha formado su convicción —que será el sello de sus más altas luces— de que la autonomía de estas asombradas nacionalidades y la irrestricta libertad de los ciudadanos, iguales en el derecho para la conformación y el desenvolvimiento de las mismas, deben ser dones primeros, esenciales, irrenunciables como el aire que respiramos. Y deben defenderse, por tanto, con ímpetu enardecido y vibrante.

Es la hora en que se preconiza la libertad en sus diferentes fases y proyecciones, como la pancea para los pueblos que acaban de emanciparse. No importa que sus costumbres, sus antecedentes, su mentalidad sean ajenos aun a este

nuevo rumbo y necesiten más bien un correctivo que torne menos brusca y posible la mudanza de régimen. Aparte de la viva exaltación libertaria, casi universal, de esos instantes, contribuye también a desatar esa racha el rencor muy generalizado entonces a España, a quien hay que imputar nuestra condición "servil", -dicen-, nuestro retraso de centurias.

Signos que debían llevar inevitablemente imbrítos los acontecimientos de la época. Lógica fatal de esos sucesos en desarrollo incontenible.

Por eso, cuando se insinúa que Bolívar asuma la dictadura ante el brote de la ambición y la anarquía, la voz de los defensores de la libertad sin limitaciones, de los teorizantes de la república pura, de los profesores de un idealismo casi impracticable por lo perfecto, se levanta conminatoria, motejándolo de "opresor", "déspota", "tirano". Entre ellos el juvenil Moncayo que, años más tarde, habrá de ratificar ese criterio como se verá por el fragmento que, sobre el Libertador, se publica al final de este esbozo.

Establecida la República y enseñoreado de ella como su Presidente el General Juan José

Flores, factor en la empresa heroica, continúa vivo todo el andamiaje colonial, empeorado si cabe por la exacción del militarismo extranjero, por el señalamiento exagerado de nuestra deuda de independencia, por la cálida querella limítrofe, por el manejo voluntarioso, en todo caso desordenado, de la hacienda pública, por el estancamiento de la educación nacional, por la calculada indiferencia o menosprecio para los ciudadanos valiosos del país. Luego —y acaso principalmente— por la tendencia a la perpetuidad en el Poder, que ya se advierte y que perfila al caudillo de posteriores días.

Se ha hecho en ocasiones el elogio de la guerra civil y del caudillo, presentándolos como fuerzas que han influido para la elaboración del espíritu y la sensibilidad democrática de los pueblos.

Peligrosas estas generalizaciones. Si ocurre alguna vez, como excepción, que insurge el caudillo paternalista, de fuerza propulsora, que trabaja con incansable desinterés, lo general, lo común es que las realizaciones caudillescas sean la consagración de la fuerza sobre el derecho, la imposición de la violencia sobre la razón, el imperio de la amenaza, del rencor, del miedo,

cuando no del exterminio de los ciudadanos no afectos a su pensamiento o su manera.

Aún sin alcanzar la profunda vivencia y proyección que el término supone, solemos llamar caudillos entre nosotros a quienes anulan de hecho la voluntad ciudadana, imponiéndose en la primera Magistratura, dramática o trágicamente, por la fuerza de las armas o por desembozado fraude electoral. Este sentido tendrán, naturalmente, en nuestro trabajo.

Encubierta, tamizada y habilidosa esta inclinación en los gobiernos de Flores, franca posteriormente en sus movimientos revolucionarios, irrumpe con desenfado y arrogancia en la Jefatura Suprema y aun en la Presidencia de Rocafuerte, el de "la insuficiencia de las leyes", imperioso ordenador de la hacienda y de la educación públicas y constructor en cierto modo de la nueva institución, que ha de volver después, ya paradójicamente, a su reconocida calidad de ilustre defensor de las libertades públicas.

Adviene luego el caudillo, con todas sus características y fueros: Urbina, militar de natural antitético, progresista y fuertemente personalis-

ta, epicúreo y soñador, que por oposición a Flores crea una nueva casta militar, la del propio país, y agrupa por ello en torno suyo, momentáneamente, al civilismo que confía, iluso, su reivindicación en esa espada. Y Robles, el "gome-lo", sin arista personal, sumiso a su hacedor, que suscita las polvaredas del odio y el turbión de la anarquía y ocasiona el aparecimiento en escena, de un espíritu de enormes dimensiones, trabajador asiduo, perspicaz y autoritario, hasta entonces austero vigilante de la ley y del derecho, que logra la unidad nacional y que ha de gobernar luego con cesárea decisión: García Moreno. Hasta la hora en que llega al poder Veintimilla, esa otra cifra de nuestro caudillismo, sin valor efectivo, rumboso y cortesano, largo en sus concesiones orgiásticas, a quien aupó también —reiteradamente equivocada por espejismos falaces— una buena parte del liberalismo ecuatoriano o de los que decían pertenecer a él.

No es que estos Magistrados no hubiesen realizado obra efectiva en sus correspondientes gobiernos, siquiera sea desmedrada y flaca. No. Algunos de ellos, como Rocafuerte y García Moreno, gobernantes a lo grande, a menudo crueles, inteligencias superiores, se distingue-

ron más bien por su obra real, evidente, de progreso incuestionable, creando elementos de cultura e impulsando por modo vario la prosperidad de la Patria. Cada cual a su manera y en consonancia con el tiempo en que dispuso del Poder. Urbina mismo, tan discutido, se inició admirablemente con el célebre Decreto de manumisión de esclavos y algunas otras novedades de orden social que no habían sido consideradas hasta entonces ni mucho tiempo después en el plano de la legislación o del gobierno.

Y si nosotros destacamos antes su personalidad, como en escorzo, señalando sus rasgos anímicos proclives a la perpetuidad o al despotismo, es sencillamente para establecer el campo de acción de luchadores como Dn. Pedro, el mismo Rocafuerte, Montalvo, el detonante, en fin... Así como para dar relieve también al hecho ya advertido del afán ilusorio con que patriotas y civilistas de escuela liberal acogían movimientos militaristas en los cuales creían vislumbrar ellos alguna esperanza de mejoramiento, alguna orientación de seriedad responsable. Es el fenómeno que en penetrante y lúcida frase lo explicó así Rodó, con referencia a Veintimilla: "La personalidad vulgar y siniestra de ese hombre, bien

diseñada ya por aquel tiempo –según se desprende de las propias Catilnarias de Montalvo- podría justificar la inculpación que se hizo a los liberales de haber buscado o aceptado en él un instrumento de regeneración, si no fuesen tan frecuentes en las angustiosas crisis de estos pueblos, y tan humanas al fin ese género de transacciones que olvidan o disculpan los antecedentes sombríos de un caudillo cuando tiene en sus manos la fuerza con que dar impulso a una reacción y levanta por bandera el propósito de consumarla".

En toda esta larga época ejercita Moncayo su vigilancia y su reproche. Ha tomado esta modalidad como un mandato irrevocable de su sino. Y en las horas aún moceriles de "El Quiteño Libre", portavoz e insignia del decoro nacional, alto grito de riesgosa veracidad, cimenta su prestigio de luchador caballeresco cuyo discurrir generoso continúa hasta la hora en que surge en su ser, a la larga ensombrecido por frecuentes persecuciones y destierros, el decepcionado, el rebelde implacable, el iracundo censor de gobernantes sin ley y de camarillas de oligarcas, el sacrificado y, en todo caso, el incomprendido...

Puntual y severo, desde el interior del país o

fuera de él, desde la tribuna política o el parlamento, desde las columnas del periódico o la revista, desde el club revolucionario o la asociación académica, su pensamiento se difunde sin ambages, como una roja antorcha al viento. Dondequiera que apareciesen un derecho conculcado, una libertad violada, la farsa, el agio, un hecho delictuoso, allí su verbo admonitivo y percutiente!

Con el entono y la virilidad generalmente proporcionados a la falta o al delito, con los vocablos justos, exactos, que adquieren sin embargo vigoroso resalte, fuerza expresiva acorde con el hálito de su honradez cívica, de su celo, de su desinterés, de su "incorruptibilidad".

Mas cuando un estímulo especial lo impulsa, se desmesura, suscitando sañudas recriminaciones y acerbas malquerencias que el partidarismo no perdona.

Empero, algunos de sus trabajos aspiran a ser obra de madura elucidación, exponentes de riqueza de conocimientos y de sensibilidad cultural y patriótica. De allí que casi todos ellos inciden en el aspecto político, aun los relacionados

con problemas internacionales o limítrofes. Y es que, como un imperativo de esos instantes, su espíritu gravita hacia las ciencias del gobierno. Le obsede un noble anhelo cívico que se torna sola y abrillanta en sus mejores páginas: La mirada zahorí y el ardor del alma se tienden amorosamente vigilantes hacia la Patria dulce, dejana, muchas veces oprimida.

Sus altos designios de historiador no pudieron realizarse, muy a pesar suyo, en la medida por él mismo ambicionada y en la verdadera y trascendental acepción del término. <sup>(2)</sup>

Y "El Ecuador de 1825 a 1875", que la padece con este su perfil austero y que nos lo dio en su ancianidad airosa, entraña ciertamente un instintivo afán de reivindicaciones políticas, una como violencia de verdades ya antes esculpadas con cincel quemante, acaso una reminiscencia procelosa de la historia antigua, en cuanto ella se

<sup>2)</sup> Se ha hablado siempre —sin que se hubiese desautorizado, que sepamos— de un incendio ocurrido en la casa del patriota en Valparaíso, el 15 de enero de 1881, en que se quemaron los escritos y documentos históricos que estaban listos para su publicación. Lo expresan Nicolás Augusto González en "El Asesinato del gran Mariscal de Ayacucho", Roberto Andrade en "Montalvo y García Moreno", entre otros escritores ecuatorianos.

refiere, con parcial deleite o animadversión, a los sucesos y a los hombres.

El mismo fuego juvenil crepita en esa hoguera. La misma vibración. Y delata más el pulso del polemista que del historiador. No es, pues, propiamente la historia, como él mismo nos lo advertía a su tiempo.

Y el acerado temple de su pluma castiza, capitana, que no sabe de encajes ni arabescos de estilo, rubrica todo ello, en cambio, -como pedía Nietzsche- con la sangre de su corazón, con la entraña latiente. Ni era el prurito formal la modalidad artística de ese momento. Su prosa nace de las profundidades del ser, limpia, arrogante, viva, y no excluye la tersura ni el buen gusto que irradian de su formación clásica ahora teñida de fuerte matiz romántico. Romanticismo, tropicalismo, si queréis, de auténtica excelencia; más bien férvida actitud ante la vida que manifestación de arte literario.

Y si de la expresión escrita pasamos a la oral en que vertió, con largueza y resonancia, sus pensamientos y doctrinas, ante públicos jubilosos u hostiles, lo hallaremos orador insigne, de

los primeros, de dilatada y victoriosa trayectoria. Tendiente siempre a la propagación y defensa del derecho y la dignidad humana.

Cabrillean, en efecto, en sus peroraciones, la riqueza del conocimiento, la brillantez de las ideas, la ondulación y el ritmo de la frase que alterna entre el sosiego y la vehemencia, y se ilumina de súbito con el impulso del alma toda nobleza y bizarría. Se han perdido acaso muchas de sus aristas y enconos sublimándose en la elegancia y la elación del vuelo. Así su verbo elocuente, de poquísimos pares, persuade y fortalece, conmueve e impele incluso a las fertilidades de la acción.

Era preciso oírlo para apreciar —en toda su esplendidez virtual— el valor viviente de su palabra caudalosa, su aire pleno de señorío, su tónica de persuasivo encanto, su apostura viril, el "virtuosismo tan subyugante" que admiró Guillen Matty en nuestro prócer, y toda la profusa irradiación de las interioridades de su espíritu.

Quizás sólo Rocafuerte pudo equipararse en su tiempo en el Ecuador, si bien el eximio hijo del Guayas se prodiga en excesos y acrimonias.

También como a sus pares podríamos referirnos, como de pasada, a dos magníficos oradores extranjeros: Victorino Lastarria en Chile, y Rafael Uribe Uribe en Colombia, quienes habrían compartido con él, sin duda gozosamente, el lauro de los escogidos.

El asunto de límites en el Ecuador ha sido una de sus peripecias mayores. Al norte, al oriente, al sur, ha tenido que arreglar dificultades, en largo, sinuoso, dramático y a veces sangriento proceso que, por desgracia, le fue desfavorable siempre. De todos lados se le han restado así inmensas zonas de su territorio. Ha sufrido un "capitis diminutio" deplorable.

Hubo carencia, es cierto, de elemento especializado que pudiera haberse dedicado exclusivamente a la negociación limítrofe en los primeros instantes de la República, logrando dar efectividad al Tratado de 1829. Pero, ¿era posible su actuación ininterrumpida en aquel tiempo? La preocupación absorbente de la política interna, azarosa y cruenta, ocasionó en realidad continuo aplazamiento de los arreglos exteriores de deuda y de límites. Fue constante el vaivén de las conmociones intestinas, con su lógico desasosiego,

para que pudieran atenderse, en forma permanente y eficaz, esos graves problemas. Hasta hubo vez en que ellos se vincularon en cierto modo al éxito de la eventualidad revolucionaria.

Cuando Moncayo fue enviado a Lima en 1852 como Ministro Plenipotenciario, las circunstancias no fueron propicias para desarrollar una intensa política de exposición y persuasión ante el gobierno del Rimac. Más bien los reiterados propósitos de invasión floreana desde ese país, que inquietaban permanentemente al régimen de Urbina, le obligaron a desarrollar una actividad de vigilancia que neutralizara e impidiera esos conatos en el Perú. Actividad natural e interesante para preservar la paz de la República. Así "la política doméstica prevalecía sobre la internacional".

Tan caótica fue aquella época para los aspectos limítrofes que una nota de la Cancillería peruana, de grave resonancia, y que se refirió como a algo sin valor al Tratado de Girón y sacó a relucir la Cédula de 1802 como fuente de derecho territorial de ese país, quedó prácticamente "sin respuesta por carecer el doctor Pedro Moncayo de instrucciones de su Cancillería", como

expresa el Dr. Tobar Donoso, quien añade luego: "Más tarde este ilustrado patriota logró con gran acierto que los Representantes de Nueva Granada y Venezuela suscribiesen con él la magnífica Memoria de 26 de junio de 1854, en que proponían -¡cuán en vano!- a los respectivos gobiernos la mancomunidad colombiana ante el problema de límites". (3)

Algunas actividades más podríamos señalar en Moncayo en el ejercicio de estas funciones que lo acreditan como a real defensor de la integridad territorial ecuatoriana, a pesar del desorden y la confusión de la hora: reclamos sobre fundaciones peruanas en el oriente, memorias, advertencias, exposiciones. También en Francia e Inglaterra a donde fue trasladado para utilizar sus talentos y su patriotismo, realizó labor ciertamente eficaz en la consolidación y arreglo de la deuda externa.

Posteriormente estudia y explica la legitimidad de nuestros derechos en "Cuestión de Límites entre el Ecuador y el Perú", "Colombia y el Brasil", "Colombia y el Perú", en que revela

---

3) "La invasión peruana y el Protocolo de Río". Julio Tobar Donoso.

Moncayo, a pesar de su natural encendimiento patriótico, dotes seguras de expositor justiciero, consciente, ilustrado, rico de información histórica a propósito del origen de nuestras nacionalidades. Algunas de sus opiniones alcanzaron clarividencia de presagio, lucidez de vaticinio.

Su "Cuestión de Límites" es un notable trabajo, el primero cronológicamente, que expone con sistema la vieja historia limítrofe. El patriota está allí, alto y severo. En prosa de garra y nervadura defiende la integridad territorial, basándose en el derecho emanado de las reales cédulas, el *uti possidetis* de 1810 y los Tratados de 1829.

Para el momento significó una viva luz en la lobreguez del horizonte, un mensaje a la conciencia de los pueblos de América. Constituye además el punto de partida de trabajos posteriores: de serena, docta, metodizada amplitud, como el de Honorato Vásquez, de abundantísima, casi exhaustiva erudición, como el de Vacas Galindo; de agilidad sintética y brillante como los de Crespo Toral, para citar algunos.

En "Colombia y el Brasil", "Colombia y el Pe-

rú", rastrea con mano segura los orígenes del derecho colombiano en orden a establecer los verdaderos límites de las nacionalidades que pertenecieron a la Gran Colombia y a sus alledaños del oriente y del sur, como expusimos en otro trabajo anterior.

Admirable demostración de lo que puede el amor a la Patria, a su suelo, a sus instituciones, a su porvenir.

En los países en que le tocó actuar y residir goza siempre de las consideraciones del elemento más valioso. Adentrarse en esas épocas de aristocrática exigencia en lo más florido y luciente de las sociedades y dejar allí huella durable de gracia, de cortesanía y de austeridad al propio tiempo, atributo es de espíritus superiores, de elevada jerarquía humana.

Especialmente en Santiago de Chile y en Valparaíso en donde permaneció largos años, se relaciona con magníficos ingenios de la política y de las letras, como los Lastarria, Matta, Santa María, Vicuña Mackena, Montt, Bilbao, Gallo, Errázuris. Y con ellos comparte dignamente las labores culturales y americanistas en que se ha-

llaban empeñados en esas agitadas urbes del país sureano. De igual manera en Lima.

Ni en París le es desconocida la nota de distinción, pues que Bousingault, el eminente científico, le ofrece su amistad y "en casa de él conoce y trata Moncayo a los principales hombres de letras, ciencias y artes de la Francia de aquella época". (4)

Generosas atenciones que habían de compensarle, en parte, de las hostilidades y consejos de su propio país.

Pero la absorción de lo cívico, la alta concentración de estudios, el glorioso empeño de superaciones, la entrega ferviente a sus labores de jurisconsulto y aun lo que en él mismo había de zahareño temperamental, le habían de restar el manso goce, el regocijo íntimo que emana del vivir compartido entre muchos seres concordes en afectuosidad y anhelos; el jubiloso encendimiento de ternuras recíprocas que irradian de las pequeñas grandes cosas humanas...

---

<sup>4</sup> *Datos biográficos del Dr. Pedro Moncayo en "El Ecuador de 1825 a 1875".*

Porque hasta su legítima y entrañable unión con Juana de Lamas, la esposa bienamada de aristocrática belleza, le resulta un precario remanso de levedad y gracia, un breve idilio como de ensueño fulgurante, una rosa de fugacidad perfumada como la rosa de Malherbe.

Y, truncado el idilio, justamente cuando le ofrecía el primer fruto de ese cariño, que también parece de inmediato, vuelve, con mayor firmeza si cabe, a su "torre habitual de solitario libre e insumiso", a la innata reciedumbre de su ser, a la lucha de siempre.

Atrayente y reiterada preocupación la suya de que se cruce de caminos a su Provincia y especialmente de que se construya el ferrocarril al Pailón, ese empeño admirable de la propia colonia que sólo ha alcanzado realización en estos días, aunque no en forma integral.

Aparte sus "Estudios sobre el camino de Ibarra al Pailón", sobre "Colonias agrícolas en las costas de Esmeraldas", no perdía oportunidad para encarecer con familiar entusiasmo esos anhelos: "caminos al sur y al norte y especialmente un ferrocarril al mar para que el Pailón y otros

pueblos de nuestra costa sirvan de portada a los demás pueblos interiores. Recuerden al Barón de Carondelet, a Dn. Miguel Bello y demás caballeros que en tiempo de los españoles trabajaron por dar un puerto a nuestra Provincia", les escribía a los Redactores de "El Imbabureño", en 1887.

"Las estrecheces de sus primeros años, su aislamiento fecundo, su vida de sobriedad, como de renunciación al goce mundano por preocupaciones indisipables de índole espiritual, debían florecer en la altura de la piedad para el desvalimiento humano, del desinterés, de la filantropía superior por su sincera espontaneidad". <sup>(5)</sup>

Filosofía de estoicismo y magnanimidad, al fin, la que sugiere esta vida que no agobia el dolor ni envanece el éxito de sus mejores días. Ningún regodeo con que pretendiera deslumbrarnos. Ninguna disonancia del ánimo siempre igual en el propósito de ayudar al desvalido. Y, antes bien, a lo largo de su existencia encontramos frecuentes demostraciones de su desinterés, no sólo para las cosas materiales sino también

.....  
<sup>5)</sup> "Un conterráneo Ilustre". S. José M. Leoro.

en el orden del espíritu, limpia y altivamente conformado. Y si no ambiciona para sí sino aquello que en rigor y legítimamente le corresponde, gusta de distribuir, en cambio, sobrantes de su peculio con oportuna y sagaz liberalidad.

Comprobaciones de esta disposición suya serían sus excusas ante ofertas de funciones oficiales de grave responsabilidad, en instantes adversos a su ideología, que podían coartar acaso el amplio, sosegado y eficaz ejercicio de las mismas. La entrega inmediata de las valiosas prendas que quedarán en su poder a la muerte de su esposa. La pulcra administración de cuantiosos bienes de los familiares de ella, en que renuncia honorarios y derechos de Juez Partidor. Los pequeños legados a instituciones de beneficencia. El obsequio de mil volúmenes de su biblioteca particular para la fundación de la Municipal de esta ciudad. Y, finalmente, el instituir como su heredero universal al I. Municipio de Ibarra, para que mantuviera con los intereses de ese donativo una escuela de niñas en la propia urbe renaciente que arrulló sus ilusiones de niño y prendió sus inquietudes tempranas.

Allá, en Valparaíso, la ciudad del viento que

dijo Edwards Bello, lejos de la Patria cuya presencia viva sólo habría sido bastante a levantar el ánimo en desmayo, ha pasado varios de sus últimos años, valetudinario ya, trémulo, en agobiante ceguedad, pero lleno y gozoso de la luz interior.

Hasta que un día se extingue tranquilamente, pacíficamente, como una llama que fuese agotando, con morosa lentitud, su última porción de combustible. Febrero 3 de 1888. <sup>(6)</sup>

Unica manera de reposo la de este varón insigne. No obstante ni en la tumba va a disfrutar del augusto silencio que allí impera. Eco de sus resonancias interiores, le acompañará más bien, cercanamente, el estruendo innumerable de las olas del mar.

"El sufrimiento largo, había lenificado esa alma tormentosa, cuya suavidad recóndita no siempre rebalsó en forma de mansedumbre. Impone ver a aquel hombre relampagueante apagarse así, domada su rebeldía ante el destino co-

.....  
<sup>6)</sup> *En nota emocionante señala esta fecha, a su regreso de Valparaíso, el Dr. Joaquín Sandoval, en el primer número del Boletín del Colegio "Gómez de la Torre".*

mún, superada su soledad al sucumbir sin reproches ni sobresaltos". (7)

He ahí, en cordial apretura, la vida alta, agitada, señera, combativa de este civilizador preclaro. Supo asimilar las más sutiles esencias del idealismo, del romanticismo más arrebolado y de los grandes anhelos de democracia y libertad que palpitaron en el ambiente, y devolver -¡síntesis viva!- una suerte de cardinales virtudes cívicas y humanas que esclarecen toda esa época.

En medio de sus profusas luchas habrá exclamado también él, por sentirlo en la entraña, el pensamiento martiano: "Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber".

Vida de combatiente ardoroso, acaso malentendido, signada por el numen de la austeridad y el sacrificio.

*S. José M. Leoro.*

---

<sup>7)</sup> *Esta cláusula de belleza desolada, con la que Dn. Gonzalo Zaldumbide se refirió a la muerte de Montalvo, la encontramos aplicable en lo absoluto también a nuestro prócer.*

# Resumen Biográfico

Nació en Ibarra, capital de Imbabura, el 29 de junio de 1807.

**ABOGADO** de los Tribunales de la República (28 de abril de 1832), alcanzó justificada nombradía por su seriedad y sus conocimientos.

**PERIODISTA** nervioso y vibrante que, en la oposición a varios regímenes, hizo época en el País. Se enfrentó con los gobiernos de Flores, Rocafuerte, Roca, Robles, García Moreno, Veintimilla. Sereno en veces, en ocasiones virulento como lo exigían las circunstancias, encarnó el tipo del luchador.

**LEGISLADOR** de democrática y decidida actuación, su palabra fue acatada como la voz del patriotismo y de la dignidad ciudadana. Asistió a los Congresos de 1849 y 1858, y a las Convenciones de 1847 y 1852. Presidió la Asamblea Constituyente de 1852, reunida en Guayaquil, a la que concurrieron muy prestigiosos elementos; y allí auspició fervoro-

samente los proyectos de ley orientados en favor de la colectividad y del progreso nacional.

**ORADOR** académico, parlamentario y tribunicio. Su elocuencia fue arrebolada y caudalosa: enardecía y convencía.

**DIPLOMÁTICO e INTERNACIONALISTA** docto y sagaz. Defendió con emoción la integridad del territorio ecuatoriano, y fue de los primeros no obstante en difundir un sano americanismo. Representó al país en el Perú, Francia e Inglaterra, con altura y eficacia, en los años del 1852 al 58. Expuso ampliamente los orígenes de las nacionalidades que constituyeron la Gran Colombia para establecer sus verdaderos límites. Esta labor le fue posible por su continuada, larga permanencia en el exterior, voluntaria o exigida, en donde gozó de respetuosa simpatía y admiración.

**PUBLICISTA** de aliento. Sus principales opúsculos son de lucha política y de difusión de ideas democráticas, visiones de ambiente y de época en las repúblicas de la América del Sur. La lista de sus publicaciones lo comprueba debidamente.

**HISTORIADOR** severo, escribió "El Ecuador de 1825 a 1875", rehaciendo con ella, en parte, la verdadera Historia del Ecuador que destruyó un incen-

dio ocurrido en sus habitaciones de Valparaíso, el 15 de enero de 1881, juntamente con la abundante documentación que poseía.

**FILÁNTROPO**, declaró heredero universal de sus bienes al Municipio de la tierra nativa, Ibarra. Y siempre reveló esa inclinación generosa y desinteresada.

Murió en Valparaíso (Chile), el 3 de febrero de 1888.

Si no ha sido apreciada su memoria en la medida de sus grandes hechos, se lo recuerda sin embargo, con cariñoso respeto, como a uno de los más ilustres patricios de la República.

## Publicaciones

### PERIÓDICOS:

"El Quiteño Libre", "La Linterna Mágica", "El Progresista", "Fray Francisco y el Padre Tarugo", "El Rebenque", "El Viejo Chihuahua", "El Baile de Máscaras".

### OPÚSCULOS:

"10 de Agosto y el ciudadano Vicente Rocafuerte", "Cartas de Imbabura", "Viajes por Suiza", "Cuestión de límites entre el Ecuador y el Perú", "Colombia y el Brasil", "Colombia y el Perú", "Ojeada sobre las Repúblicas Sudamericanas", "Juicio crítico sobre el General Ramón Castilla", "Estudios sobre el camino de Ibarra al Pailón", "Juicio crítico sobre el ensayo de la literatura ecuatoriana de Pablo Herrera", "El Tiranicidio", "García Moreno y los Jesuítas", "García Moreno y sus herederos",

"Juan Viteri", "La muralla china", "Colonias agrícolas en las costas de Esmeraldas".

**LIBROS:**

"El Ecuador de 1825 a 1875". Sus hombres, sus instituciones y sus Leyes.

**COLABORACIONES:**

En la "Revista del Pacífico" y en "El Ferrocarril", de Santiago de Chile.

